

Regresó para irse

Miguel Ángel Campodónico

Nunca lo había visto, aquella tarde sería la primera vez, de modo que llegué a la casa de Lisa Block de Behar, donde él se alojaba, movido por la preocupación de si sería capaz de tocar todos los temas que llevaba anotados en la libreta que habitualmente usaba para las entrevistas que publicaba en el semanario *Aquí*.

El lugar previsto para el encuentro no pudo ser más adecuado, era el escenario perfecto. El amplio espacio abarrotado de libros en los numerosos estantes, sobre el escritorio y alguno hasta sobre una silla, era el lugar ideal para conversar con un hombre que había hecho de la lectura el centro de su vida. Los libros eran sus compañeros de siempre, los fieles por los que había sentido una pasión nunca debilitada.

Sin embargo, al tenerlo frente a mí, descarté los apuntes, dejé la libreta a un lado y me quedé mirándolo sin decidirme a empezar la conversación. Finalmente superé la indecisión, me presenté y recibí un “buenas tardes, mucho gusto” pronunciado con voz clara, aunque algo apagada.

Ahí estaba Emir Rodríguez Monegal hundido en un sillón mirándome y disponiéndose a empezar la charla que habíamos acordado el día anterior. Su aspecto todo, su rostro, sus ademanes, el tono con el que hablaba me impresionaron al punto que llegue a lamentarme por haber aceptado entrevistarlo. Sabía que estaba enfermo –un compañero de la redacción me lo había recordado insistentemente– pero no tenía claro hasta qué extremo el mal que lo acorralaba estaba cerca de derrotarlo.

¿Qué sentido tenía irrumpir en su conmovedor presente visiblemente agrietado por la enfermedad para escarbar en su pasado, contaminado, además, por las variadas acusaciones recibidas? Víctima de excomuniones, reprobaciones a granel que había soportado sin abandonar su incesante actividad, esa que nadie –ni sus adversarios, enemigos, opositores o como se llamaran– se animaba a negar que había revolucionado la crítica literaria. Más todavía, que le había incorporado una refrescante mirada modernizadora con un sello indiscutiblemente personal.



Al pasar, sin profundizar, en medio de la charla, le expresé mi reconocimiento por semejante labor. Me miró, hizo un ademán para restarle importancia a mi afirmación y dijo que su vida había sido la lectura, que libro que llegaba a sus manos lo devoraba y que en cierto momento lo habían atraído muy especialmente las obras de los autores europeos y norteamericanos a quienes entre nosotros no se les prestaba la atención debida. Culminó su intervención con una pregunta “¿Qué tiene eso de admirable, sentí que era una obligación ocuparme de ellos?”. Así de simple, esa fue su explicación sobre su actividad como crítico y ensayista.

A medida que pasaba el tiempo intuí que las grietas en su cuerpo continuarían reproduciéndose, que todo culminaría con un derrumbamiento que se resolvería en escombros. Así al menos lo recuerdo, no exagero, ese era el Rodríguez Monegal con nombre de príncipe árabe que me miraba esperando mis palabras. Lo confieso, me sentí un insensible, un indiscreto fisgón que trataba de descubrir cómo se sentía.

Según yo lo imaginaba, su presente dominado por el pasado lo obligaba a mirar hacia atrás, todo estaba allá lejos, no le estaba concedido otro beneficio que recordar lo que se amontonaba a sus espaldas.

Algo diferente, sin embargo, yo debía hacer, no podía abandonar el lugar golpeado por la realidad del hombre que tenía frente a mí, de hacerlo lo hubiera despreciado de modo tal que seguramente le hubiera confirmado que su salud en grave decadencia me había paralizado, que no estaba seguro de que esa conversación fuera la que exigía un momento tan especial. No sabía qué rumbo tomar, no tenía claro cómo continuar hablando de un modo que sirviera para contribuir a crear algunos minutos al menos de serenidad, que la conversación transcurriera sin dejar al descubierto mi perturbación.

Me consideré un tonto, efectivamente el perturbado era yo, no él. La tranquilidad me la alcanzó él mismo, el hombre con nombre de príncipe árabe, contrariamente a lo que yo había temido empezó a hablarme con una soltura para mí inesperada, exponía sus ideas claramente, no eludía ni siquiera rozar los temas que, de haberlos profundizado –no me animé a hacerlo–, lo hubieran llevado a tiempos que lo habían sumido en enfrentamientos con colegas transformados en francotiradores incansables. Quizás hasta hubiera aprovechado para defenderse de las acusaciones que había recibido. Sin embargo, fui yo quien aplicando una férrea autocensura decidí llevar la conversación para otro lado. Confieso que tantos años después me sigo preguntando si estuve bien al no darle la oportunidad de explayarse sobre las actitudes de quienes intentaron acorralarlo con numerosos cuestionamientos.

Sí, era el Emir Rodríguez Monegal del que yo había oído hablar, el de gran agudeza, el de conocimientos profundos, el apasionado por la literatura, el de la palabra apropiada, el que no se valía de eufemismos ni circunloquios. De

pronto, pues, se había transformado, sus palabras me llegaban como si fueran pronunciadas por otro hombre, yo lo escuchaba sin asociarlas con el que me miraba desde el sillón, era una voz que correspondía a otro cuerpo.

Pero, ¿por qué estando tan enfermo había decidido regresar a Montevideo?, esa fue la pregunta que se había adueñado de mi pensamiento inmediatamente después de verlo. Apenas la esbocé él ya estaba contestándola. Fue entonces cuando comprendí que no era el pasado lo que lo movía, al contrario, estaba viviendo un presente que lo llenaba de satisfacción.

Su explicación fue tan clara como todas sus intervenciones, había regresado con la única finalidad de recuperar –según sus palabras– el país que le habían sacado y que ahora era suyo otra vez, a pesar de que tenía la intención de regresar pocos días después a Estados Unidos. Aquel fue en el único momento en el que habló de su enfermedad, no lo había hecho antes ni lo haría después. Y cuando lo hizo no buscó provocar mi compasión, me habló como si el futuro que lo esperaba en Yale fuera tranquilizador.

Sostuvo que debía volver porque allá tenía su única fuente de ingresos, pero agregó algo que me conmovió, más todavía, puedo decir que logró mi admiración por su serenidad al hablar de su salud. Sostuvo que estaba muy enfermo y que en Estados Unidos había sanatorios fabulosos donde le habían hecho dos operaciones que le habían salvado la vida. Nada agregó, ese fue su declarado futuro optimista por lo que me transfirió la casi certeza –poco tiempo después se sabría que estaba equivocado– de que en aquel país tenían los medios necesarios para recuperarlo. ¿Lo hizo porque advirtió mi estado de ánimo, sus palabras buscaron que yo dejara de preocuparme por su salud? No estoy seguro, pero tantos años después no puedo evitar la pregunta. Y hasta llegué a decirme que aquella fue la forma que encontró para que el fígón creyera que había logrado su cometido.

Recuperaba Montevideo, se reencontraba con lugares que había recorrido tantos años antes, se conmovía al encontrarse con calles, edificios, parques, ramblas, la ciudad a la que la dictadura le había prohibido volver. Ese era su presente, para eso estaba de vuelta, disfrutaba emocionado aquella mirada de la ciudad que hoy estoy seguro sabía que sería la última.

¡Tantas preguntas para hacerle!, seguía pensando yo, en mi cabeza se debatían varias pugnando por convertirse en palabras sin que yo atinara a formularle ni una sola de ellas, no podía evitarlo, es que en verdad me alcanzaba con saber que su presente lo vivía tal cual lo había imaginado, que su deseo se había cumplido. Montevideo era suya otra vez. Los intentos de que le resultara ajena para siempre habían fracasado.

En determinado momento –no supe explicarme la razón– me asaltó el recuerdo de un nombre, el de Carlos Maggi, sí, me dije, voy a animarme, le

hablaré para llevarlo a que evoque los desencuentros que tuvo con él, aquellos que habían terminado convirtiéndose en juegos pueriles, propios de adolescentes revoltosos. Para mí era el ejemplo perfecto de un juego casi inexplicable protagonizado por uno de los intelectuales más conocidos de la generación. De ahí que le recordara que Maggi había contado que cierta vez al encontrarse frente a la Biblioteca Nacional se habían saludado con cortesía. Y que después –esto fue lo que hizo que Rodríguez Monegal al escucharme se riera como nunca lo hizo durante la charla– Maggi después de caminar unos pasos retrocediera para decirle que no pensaba saludarlo nunca más porque eso supondría que le estaba deseando un buen día y que él en realidad no deseaba que tuviera buenos días. Como dije, Rodríguez Monegal rio y rio, tal como un niño al que acababan de leerle su cuento preferido. Fue su modo de recordar el hecho, solo con risas, ni una palabra.

Admito que después de editar la entrevista hubo varios temas que no publiqué. Razones de espacio, razones que me impuse para no mostrar públicamente sus heridas que al parecer ya habían cicatrizado y algunas otras me llevaron a esa decisión. El tema Maggi, fue uno de ellos, no me importa explicar el motivo, al fin de cuentas había sido una de las tantas pifias de uno de los intelectuales de la época. Seguramente Maggi como aficionado al billar habría pifiado más de una vez. Claro que esa vez no había sido sobre un paño verde sino en la vereda de 18 de Julio. Lo que realmente me importó fue que vi reír largamente a Rodríguez Monegal.



No obstante, recuerdo todavía hoy que, así como se rio en el momento en el que nombré a Maggi, hubo alguna otra vez que se alejó con humor de los choques que había tenido con algún otro intelectual.

Me resultó difícil encontrar –los hubo, claro– ejemplos de ensañamiento como él había soportado, desde las acusaciones de que la CIA estaba agazapada detrás de la revista *Mundo Nuevo* hasta, en algún tema muy diferente, en relación a su opinión de que Felisberto Hernández no era un escritor que mereciera un interés especial.

Esto lo desmintió con ejemplos contundentes, recuerdo que se extendió largamente para dejar en claro que a Felisberto Hernández siempre lo había considerado un escritor de gran interés, tanto que en *Marcha* lo había comparado con Joyce y Kafka,

Todos los hechos que narró para sostener sus argumentos, todos los esfuerzos reiterados y siempre fracasados que realizó para incluirlo en una antología nunca fueron desmentidos. Mientras recordaba ese episodio hablaba con firmeza, no con rabia sino con un énfasis que permitía entender que estaba muy molesto, peor, parecía estarlo más que con las graves acusaciones sobre la vinculación de la CIA y la revista *Mundo Nuevo*. Sus opiniones literarias eran para él sagradas, no soportaba que se las falseara. Agregó que

el causante de semejante acusación había sido un crítico de su generación a quien no quiso nombrar. Yo no lo forcé a que lo hiciera, todos quienes estaban en el escenario intelectual montevideano sabían a quien se refería.

Al despedirme me alejé con un ánimo muy distinto al que me había dominado al llegar. Me fui satisfecho ya que había comprendido que había regresado para respirar nuevamente el aire de Montevideo, que había vuelto a la búsqueda de la ciudad perdida.

En 2021, al cumplirse cien años de su nacimiento se realizaron varios actos recordando esa fecha, seguramente él no lo había imaginado, pero lo cierto es que su nombre pasó hasta integrar el nomenclátor de Melo, su ciudad natal, y el de Montevideo. De haberlo sabido seguramente hubiera dicho: ¿qué tuvo de admirable lo que yo hice, leí y cumplí con una obligación?

La entrevista se publicó el 5 de noviembre de 1985, el 14 de ese mes fallecía en Estados Unidos, ya no quedaron dudas, había regresado para irse, esta vez para siempre.

.....



